

Historia de la educación teológica

(2 de 2)

Dr. Justo L. González

AETH

Asociación de Seminarios y Institutos Teológica
Buenos Aires, Argentina

© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Historia de la educación teológica

(2 de 2)

Anoche llevamos nuestra historia hasta el punto en que, en los últimos siglos de la Edad Media y hasta principios de la Reforma, los monasterios se volvieron el principal centro de educación y preparación para el ministerio ordenado. Ahora nos toca retomar esa historia y decir algo acerca de las universidades, que durante los últimos siglos de la Edad Media fueron el otro centro de estudios teológicos.

Debido a una serie de factores que no nos interesan aquí, las ciudades comenzaron a crecer de nuevo a principios del siglo XII. Una vez más, como antes durante el renacimiento carolingio, los obispos de varias de las principales ciudades comenzaron a fundar escuelas en sus sedes. Este movimiento intelectual que lleva de los monasterios a las ciudades y sus catedrales se puede ver en la vida misma de los principales precursores del escolasticismo. Ya hemos dicho que Anselmo salió del monasterio de Bec para ocupar la sede arzobispal de Canterbury. Pedro Abelardo enseñó en la escuela catedralicia de París. Pedro Lombardo fue maestro en esa misma escuela y a la postre obispo de París. La escuela de San Victor, aunque en un monasterio, se encontraba en las afueras mismas de París.

Es aquellas escuelas catedralicias surgieron las universidades, algunas de ellas hacia fines del siglo XII y varias otras en el XIII. El término *universitas* no se refería originalmente, como hoy, a una institución. Era más bien el nombre que se les daba al gremio de quienes se dedicaban al

estudio. En París y en otras ciudades del norte europeo, donde más se cultivaron los estudios teológicos, lo más común era que la *universitas* fuese el gremio de los profesores. En Italia, la *universitas* era más bien el gremio de los estudiantes.

Aunque las condiciones y prácticas variaban de lugar en lugar, para nuestros propósitos basta con echar una ojeada a la Universidad de París, que en todo caso fue la que más se distinguió en los estudios teológicos. Una vez más, hay que subrayar que no había estatutos que requiriesen una educación teológica o universitaria para ser ordenado. Lo que es más, pronto se hizo común la práctica de nombrar a un estudiante pastor titular de una o más parroquias, y sostenerle por años con los réditos de esa parroquia, normalmente atendida por un vicario que recibía una porción mínima de esos réditos. Tales "beneficios" —como se les llamaba— continuaron siendo práctica común por siglos, y hasta el propio Calvino, desde que tenía doce años y durante todo el tiempo de sus estudios en Bourges, en Orleans y finalmente en París, se "benefició" del sistema. Quienes estudiaban teología en la Universidad lo harían por varios motivos—por motivación religiosa, por curiosidad intelectual, por motivos económicos, para continuar una carrera académica, para evitar otras ocupaciones más onerosas, para complacer a padres y familiares—pero rara vez como preparación para alguna forma de ministerio eclesiástico. En esto, la principal excepción fueron los dominicos, cuya vocación inicial fue refutar a los herejes mediante la vida santa y el argumento racional, y quienes para esa tarea necesitaban de una buena educación. Una vez más, los estudios universitarios no eran requisito para la ordenación. En cierto sentido, lo que sucedía era lo contrario: la

ordenación—o al menos una vida célibe—era requisito tanto para estudiantes como para profesores.

Cuando órdenes religiosas tales como los dominicos, los franciscanos, y más tarde los jesuitas, se establecieron en las universidades, lo más común era que hubiese una residencia donde todos los miembros de la misma orden pudieran convivir al tiempo que estudiaban. En esas casas los miembros de la orden practicaban sus devociones y su vida en común—y además vivían bajo la autoridad de un maestro o director espiritual de su orden. De ese modo se combinaban los estudios universitarios con buena parte de la herencia monástica. Esta es una práctica que ha continuado en algunos círculos católicos romanos hasta el día de hoy, de modo que muchas veces se distingue entre el "seminario", casa de residencia donde los estudiantes se forman según las prácticas y tradiciones de su orden, y la "escuela de teología", donde realizan sus estudios.

AETH

En París había cuatro facultades: la de artes, donde normalmente se estudiaban las tradicionales siete artes liberales antes de pasar a estudios en una de las otras tres facultades, y las de medicina, de derecho y de teología. Quienes aspiraban a estudiar teología comenzaban sus estudios bajo la Facultad de Artes, y luego pasaban a la de teología. Debido a una serie de disputas, en el 1215 el papa Inocencio III comenzó a establecer algunas reglas a seguirse en la Universidad de París. Entre otras, se estipulaba que nadie menor de 21 años de edad podía dar

conferencias en la Facultad de Artes, y que para hacerlo en la de teología había que tener al menos 35 años.

El currículo y su extensión fue variando de siglo en siglo y de lugar en lugar—por lo general haciéndose cada vez más extenso. En todo caso, como ejemplo de tales currículos, podemos bosquejar lo que se esperaba de un estudiante de teología en París en el siglo XIII. En primer lugar, tras terminar los estudios básicos de escritura, lectura y aritmética, el candidato a un grado universitario se trasladaba a la ciudad para comenzar sus estudios universitarios. Esto se hacía a una edad relativamente joven. San Buenaventura, por ejemplo, parece haber llegado a la Universidad de París a los trece años de edad. Para graduarse de la Facultad de Artes se requerían entonces al menos seis años de estudios—aunque muchos estudiantes tomaban hasta diez. Tras un mínimo de ocho años de estudios en la Facultad de Teología, se le daba al estudiante el título de Bachiller Bíblico, lo cual le autorizaba a dictar clases sobre la Biblia. Es por esto que casi siempre entre las obras tempranas de los escolásticos encontramos una serie de comentarios bíblicos. Tras un mínimo de dos años estudiando y comentando la Biblia, el estudiante recibía el título de Bachiller Sentenciario, lo cual le daba autoridad para dictar cursos sobre las Sentencias de Pedro Lombardo—en otras palabras, para enseñar lo que hoy llamaríamos "teología sistemática". Por fin, tras al menos tres años más, el candidato podía recibir el título de Doctor en Teología.

Nótese que en todo este currículo no se incluía una palabra acerca de las tareas pastorales, la predicación, el cuidado de las almas u otros temas semejantes. Las universidades eran para estudiar teología; no para preparar pastores o predicadores—aunque, ciertamente, muchos pastores y famosos predicadores sí surgieron de ellas.

En cuanto a los ejercicios académicos, consistían principalmente en comentarios que el maestro iba haciendo sobre un texto dado, ya fuese de la Biblia, o ya de las Sentencias de Pedro Lombardo. Pero además de esto existían dos tipos o niveles de debate. El más común era el de las *quaestiones disputatae*. Estos eran ejercicios semejantes a las *quaestiones de quodlibet*, o cuodlibéticas, excepto que por lo general no estaban abiertos al público. Se planteaba una pregunta teológica cualquiera, y entonces se les daba oportunidad a los estudiantes más avanzados a ofrecer argumentos y citas de autoridades en pro de una respuesta o de otra. Luego, en otra sesión en fecha posterior, el maestro que dirigía el debate debía ofrecer su propia respuesta, y responder a todas las objeciones surgidas en la primera sesión.

La cuestión o disputa cuodlibética era el ejercicio académico que más habilidad requería, y el más difícil. Cuando una de ellas tenía lugar, todas las otras actividades de la universidad se suspendían, para que el público pudiese asistir. Entonces, —cosa verdaderamente extraordinaria en esa época— todos tenían derecho a plantear preguntas. Por eso aquellas disputas se llamaban cuodlibéticas—es decir, sobre lo que sea. Primero era un grupo de

bachilleres quienes intentaban responder a la cuestión, ofreciendo argumentos filosóficos y citas de autoridades. Acto seguido el maestro respondía allí mismo. Y entonces se pasaba a otra pregunta, de modo que la disputa cuodlibética trataba sobre toda una serie de preguntas, frecuentemente sin relación alguna entre sí. Unos días después, en clase, el maestro presentaba una variante más organizada y mejor razonada.

Este ejercicio era obligatorio para los bachilleres, quienes no podían pasar a su licenciatura sin participar de por lo menos uno de ellos. Para los maestros no existía tal obligación, y hubo algunos que nunca se atrevieron a presidir sobre tan difícil.

Estos ejercicios proveyeron el marco para el método escolástico, en el que, como en una *quaestio disputata*, se plantea una pregunta, se ofrecen argumentos tanto en pro de una respuesta como en pro de la respuesta contraria, y luego el maestro ofrece su respuesta y responde a los argumentos en sentido contrario. Es un método fijo, basado en una lógica inflexible y en una confianza absoluta en la autoridad, no sólo de las Escrituras, sino también de los antiguos escritores cristianos—y hasta en cierta medida de los filósofos paganos. Pero no es un método que se preste a las labores del cuidado de las almas, o a la educación del grueso de la grey. Una vez más, el propósito de tales estudios no es prepararse para las labores ministeriales, sino más bien ejercitar la mente y satisfacer la curiosidad intelectual.

Repetidamente se ha dicho que los éxitos mismos del movimiento monástico constituyen las raíces de sus fracasos. La fama que un monasterio o una orden monástica adquieren gracias a su austeridad y su devoción hacen que se les den privilegios especiales, que se enriquezcan, y que a la postre pierdan su pureza e impulso iniciales. Algo semejante sucedió con las universidades. Los privilegios y derechos de los profesores y estudiantes fueron aumentando. El día llegó en que los estudiantes podían quejarse al rector de la universidad si les parecía que el alquiler de sus habitaciones era excesivo, y el rector podía intervenir y hasta imponerle multa al dueño. Este último no tenía derecho, por motivo alguno, a expulsar de sus habitaciones a ningún estudiante—incluso a quienes no pudieran pagarle el alquiler. Si un estudiante alquilaba un caballo y no lo alimentaba, el dueño del caballo no tenía derecho a reclamar daños o pérdidas. Si un vecino resultaba ruidoso e interrumpía sus estudios, el estudiante tenía derecho a hacerlo desahuciar. Pero si un estudiante reunía a un grupo de colegas en sus habitaciones, y su reunión resultaba ruidosa o hasta escandalosa, nadie tenía derecho a hacerles callar. El estudiante no tenía que cumplir obligaciones de servicio al estado tales portar armas para la defensa civil o tomar sus turnos como guardias de las puertas de la ciudad, y además se hallaba exento de casi todos los impuestos. Dados tales privilegios, no nos sorprende el que en muchas ciudades universitarias—en París, por ejemplo—haya habido, junto a un núcleo de estudiantes serios, un buen número de otros para quienes su condición de estudiantes no era sino una excusa para la vida cómoda, pendenciera y hasta licenciosa.

Al mismo tiempo, los estudiantes más serios tenían que enfrentarse a un proceso que iba haciendo de la filosofía y de la teología estudios cada vez más sutiles, con distinciones minuciosas que sólo los verdaderamente duchos podían entender. Como parte de esa tendencia, se abría un abismo cada vez más profundo entre la fe y la razón. Para ver la realidad de esto, basta con trazar la línea que va de San Buenaventura y Santo Tomás a mediados del siglo trece, a Juan Duns Escoto a fines del mismo siglo y por último a Guillermo de Okham en el quince.

En el pensamiento de Buenaventura, como en el de prácticamente todos sus precursores desde tiempos de Agustín, la fe es el fundamento de la razón, de tal modo que para verdaderamente entender hay que creer. Pero en última instancia la filosofía y la teología estudian lo mismo y llegan a las mismas conclusiones. En el de Santo Tomás, hay verdades de razón, verdades de fe, y verdades intermedias. Las de razón son aquellas que cualquier persona puede entender, como "dos y dos son cuatro". Las de fe, son aquellas que solamente pueden conocerse por revelación divina, como la doctrina de la Trinidad. Las intermedias son aquellas que la razón puede alcanzar, pero que por ser necesarias para la salvación, y para beneficio de los menos perspicaces, Dios revela. Tal es la existencia de Dios, que la razón puede demostrar, pero que en todo caso la fe enseña. En el pensamiento de Duns Escoto, la lista de tales verdades intermedias se redujó a un mínimo. Cuestiones tales como la omnipotencia, omnipresencia y providencia divinas no pueden comprobarse racionalmente, sino que han de ser

aceptadas por fe. Por fin, al llegar a Okham, se nos dice que la razón no puede demostrar absolutamente nada respecto a Dios, y que hasta los argumentos más sólidos no pasan de mostrar una probabilidad de que lo supuestamente demostrado sea cierto. Todo esto llevó a la decadencia de la escolástica medieval, y tiene razón Etienne Gilson al declarar que "cuando las mejores mentes comenzaron a perder la esperanza de armonizar las enseñanzas de la revelación cristiana con las de la filosofía, el fin de la Edad Media se anunciaba.. "¹

Con todo y eso, las universidades gozaban todavía de gran prestigio, y su impacto sobre la vida de la iglesia era grande. Repetidamente, al surgir alguna profunda división teológica, las autoridades eclesiásticas consultaban a las facultades de teología. De esto tenemos un ejemplo en nuestra propia historia, pues muchas de las cuestiones debatidas en torno a la conquista y colonización de nuestras tierras se dirimieron en la Universidad de Salamanca. Y en los inicios de la Reforma Lutero consideró la posibilidad de someter sus opiniones al juicio de las universidades.

En todo caso, como reacción a la teología árida que resultaba de la escolástica universitaria surgió lo que se llamó la "devoción moderna". A diferencia de otros muchos movimientos que han surgido a través de la historia en reacción a la teología académica, la devoción moderna sostenía que el estudio era parte de la devoción religiosa, que la educación era importante, y que una de las principales ocupaciones de los creyentes debería ser educar a

las nuevas generaciones. Esto era parte de todo un proyecto que incluía tanto la devoción personal como la vida comunitaria y la participación activa de los creyentes en esfuerzos por aliviar los males sociales.

El más influyente de entre quienes siguieron la devoción moderna fue el holandés Geert Groote (1340-84), quien había estudiado en las universidades de París y Colonia, pero a los 34 años de edad tuvo una experiencia de conversión que le llevó a dedicarse a una vida de devoción y de servicio al prójimo. Al principio esto le llevó a un monasterio cartujo, al tiempo que organizaba en su propia casa un grupo de mujeres devotas dedicadas a la vida común, al celibato, la pobreza y la obediencia, pero sin hacer votos conventuales, de modo que cualquiera podía dejar la comunidad cuando así lo decidiera. Esta comunidad se llamó "Hermanas de la Vida Común". Poco después Groote salió del monasterio para dedicarse a labores más activas, y sobre todo a la predicación. En el entretanto, uno de sus compañeros y discípulos fundó en su propia casa otra comunidad, esta vez de varones, dedicada también a la vida en común, la devoción y el estudio, y también comprometida al celibato, la pobreza y la obediencia, pero sin votos perpetuos. Esta nueva comunidad recibió el nombre de "Hermanos de la Vida Común".

A diferencia de las órdenes mendicantes—franciscanos y dominicos—los Hermanos de la Vida Común no pedían limosnas ni donativos. En lugar de ello, siguiendo

conscientemente el ejemplo de San Pablo, se dedicaban a labores que les permitiesen ganarse el sustento al tiempo que continuaban su vida en común, sus devociones, sus estudios y su enseñanza. Dados sus propios intereses y habilidades, muchos de los Hermanos de la Vida Común se dedicaron a copiar, encuadernar y vender libros—y tras la invención de la imprenta, también de imprimirlos. Todo esto iba de la mano con sus labores educativas, pues los Hermanos de la Vida Común establecieron escuelas para niños y jóvenes, y varios de sus miembros y discípulos hicieron fuerte impacto sobre la vida de la iglesia en el norte europeo. Entre ellos se contaban Tomás à Kempis y Desiderio Erasmo.

Aunque la devoción moderna surgió como reacción contra la aridez de la teología, sino todo lo contrario. Pronto algunos de entre los Hermanos de la Vida Común—entre ellos el propio Erasmo, Nicolás de Cusa y Gabriel Biel—fueron reconocidos como eruditos de primer orden, y su impacto tanto sobre las universidades como sobre las labores teológicas fue considerable.

Luego, a pesar de todo lo que se ha dicho—y lo que acabo de decir—sobre la escolástica tardía, el hecho es que hacia fines de la Edad Media y principios de la Moderna las universidades tuvieron un papel importante en los movimientos reformadores. No hay que olvidar que Juan Wyclif fue profesor de la universidad de Oxford, Juan Huss de la de Praga, y Martín Lutero de la de Wittenberg. En breves palabras, que de aquellas

instituciones que muchos criticaban por su lejanía de la vida real de la iglesia surgieron movimientos reformadores que a la postre se harían sentir sobre toda la iglesia.

Al surgir la Reforma, los debates teológicos y pastorales tuvieron lugar en dos ámbitos paralelos. Por un lado, el debate involucró al pueblo común. Se ha dicho, con razón, que la reforma luterana fue el primer gran movimiento hacer uso extensivo de la imprenta como medio de divulgar y promover sus opiniones. Pero el debate también involucró a las universidades y sus profesores. Pronto la universidad de Wittenberg se volvió el centro del movimiento reformador. Por años después de la muerte del Reformador, la universidad de Wittenberg fue el centro teológico del movimiento luterano. Cuando algunos de los profesores de Wittenberg se mostraron demasiado moderados para otros, uno de estos últimos partió de Wittenberg, se asentó en Marburgo, e hizo de esa ciudad el centro de resistencia al luteranismo moderado de Wittenberg. En el entretanto, en varias universidades católicas se escribían docenas de libros contra los luteranos. El principal controversista antiprotestante, Roberto Belarmino (1542-1621), era profesor del Colegio de Roma, en esa ciudad, cuando escribió la mayor parte de la obra que desde entonces y hasta bien avanzado el siglo XX fue la base de prácticamente todo cuanto los católicos escribieron contra los protestantes.

Volviendo a Lutero hay que señalar que estaba bien consciente de que buena parte del clero alemán apenas comprendía sus enseñanzas, que algunos sacaban de ellas conclusiones

extrañas, y que muchos sabían bien poco de la Biblia. Además, su insistencia en la importancia de la predicación implicaba que ya no bastaría con recitar la misa de memoria, sino que sería necesario tener los conocimientos necesarios para una predicación sana y efectiva. Por ello insistió ante el elector Juan de Sajonia que se organizaran en equipos de "visitadores" para ver el estado de la iglesia en las parroquias, y para dar los pasos necesarios para remediar los males que se encontrasen. Cuando este plan se puso en práctica, Lutero compuso unas *Instrucciones para los visitadores de pastores* en las que indicaba lo que se suponía que cada ministro supiera, enseñara y practicara. Allí se incluye toda una serie de cuestiones fundamentales que no se estudiaban en la universidad, y hasta se establece una especie de currículo de lo que los pastores han de enseñarles a los niños, y cómo.

Lo que vemos en todo esto es el inicio de lo que vendría a ser típico del sistema de educación teológica_alemán: en la universidad se estudiaba Biblia, teología, historia, etc. Pero no se estudiaban las disciplinas prácticas del ministerio. A la postre, se establecieron, paralelamente a las universidades, institutos especiales en los que el candidato al ministerio, tras completar sus estudios teológicos, aprendía a predicar, a consolar a los dolidos, a dirigir el culto, etc. Esa división entre los estudios académicos y los prácticos perdura hasta hoy en algunas regiones.

En el siglo XVIII ese sistema fue duramente criticado en la propia Alemania, sobre todo por los pietistas, quienes protestaron contra una educación teológica que se limitaba a lo intelectual, y

contra la predicación que resultaba de ella, y que consistía principalmente en largas y áridas disquisiciones sobre detalles de doctrina, con poca aplicación a la vida o la fe de los fieles. Así, entre los siete "deseos píos" de Spener que le dieron nombre al movimiento, el sexto era precisamente que la preparación de los pastores sobrepasara los límites de la lógica y la teología, e incluyera una inmersión profunda en la vida devocional y su literatura, así como adiestramiento en práctica en las labores de pastorear una grey. Y el séptimo, que debería ser consecuencia del sexto, era que el púlpito se volviera una vez más, como en la iglesia antigua, instrumento para la instrucción y edificación de los creyentes, y dejara de ser tribuna para mostrar cuánto el predicador sabía, o para discutir detalles de doctrina sin mayor importancia para la vida de los creyentes.

Todo esto encontró expresión curricular en el programa de estudios de la Universidad de Halle, frecuentemente criticada por las otras universidades más antiguas por su inclinación pietista, pero cuyo impacto sobre la iglesia en Alemania, y sobre todo en las misiones en el resto del mundo, fue enorme.

La Reforma protestante hizo un fuerte impacto en la educación teológica de la Iglesia Católica Romana. Como hemos visto repetidamente, hasta entonces no había requisitos académicos para la ordenación. Si bien se esperaba que un sacerdote tuviera cierta educación y ciertas destrezas, no había un curso de estudios que todos debieran seguir, y frecuentemente se ordenaba a personas de escasa educación, y hasta a niños que apenas comenzaban sus

estudios. Ahora, en respuesta al reto del protestantismo, la Iglesia Católica Romana comenzó a dar pasos para fomentar la educación de su clero. En Escocia, por ejemplo, en los diez años que van del 1549 al 1559, tres concilios nacionales establecieron regulaciones bastante detalladas referentes a la educación del clero. Todo esto culminó en el Concilio de Trento, que en el 1563 estableció todo un sistema de educación teológica, determinó la estructura fundamental de su currículo, y estableció requisitos académicos para la ordenación, así como para enseñar en las escuelas de teología.

En el entretanto, la rama reformada del protestantismo, bajo la dirección de Calvino, seguía un curso paralelo al luteranismo, pero que por su propia naturaleza subrayaba más la educación teológica. Para esa tradición, el modelo del pastor era el antiguo rabino judío, ducho en las Escrituras, y capaz de explicarlas y aplicarlas con sabiduría. Además, mientras en la tradición luterana se continuó celebrando la comunión al menos todos los domingos, en la reformada esa celebración fue menos frecuente. Esto no se debió al propio Calvino, sino a que el Concejo de la ciudad prohibió que se celebrara la comunión todos los domingos. El resultado de todo esto fue que la predicación, que había cobrado nuevo auge con las reformas de Lutero y que los católicos ahora también comenzaban a subrayar como respuesta al reto protestante, vino a ser ahora el centro del culto dominical. Naturalmente, esto a su vez requería mayor énfasis sobre la formación teológica del ministerio ordenado, lo cual pronto vino a ser característica de la tradición reformada.

En las *Ordenanzas eclesiásticas*, redactadas por Calvino y finalmente aprobadas por el Concejo en 1541, se establecen cuatro órdenes del ministerio: pastores, doctores, ancianos y diáconos. La principal función de los pastores debería ser la predicación y explicación de las escrituras. Por eso las *Ordenanzas* establecen que cada domingo habrá un sermón matutino, una sesión de catecismo para los niños al mediodía, y otro sermón a las tres de la tarde. Además de ello, durante los días laborables habrá sermones en diversas parroquias de la ciudad.

Todo esto requería un clero debidamente preparado, y es por ello que existe el segundo orden, el de los doctores. Estos tienen el oficio "de enseñarles a los fieles la sana doctrina"²—lo cual incluye a todos los fieles, tanto laicos como ordenados. Por ello, las *Ordenanzas* establecen que habrá en Ginebra dos escuelas, una para niñas y otra para varones, y que ésta última tiene el propósito de preparar a los niños tanto para el ministerio de la iglesia como para el gobierno civil.

Al mismo tiempo, Calvino deseaba que se fundara en Ginebra una Academia que se dedicara especialmente a la enseñanza superior y la preparación de candidatos al ministerio ordenado. En el entretanto, se ocupaba personalmente de la educación teológica tanto de los pastores como del laicado. Desde que regresó a Ginebra de su exilio en Estrasburgo, comenzó a reunirse todos los viernes en la iglesia de Santa María la Mayor con los pastores de la ciudad y con buena parte del laicado. En esas sesiones uno de los pastores planteaba y exploraba una

cuestión teológica, y Calvino comentaba sobre el tema. Además, tres veces por semana dictaba conferencias teológicas.

Por fin, en 1559, se fundó la Academia que Calvino había soñado. Su primer rector fue Teodoro de Beza, quien sucedería a Calvino como líder espiritual y teológico de la reforma ginebrina. Pronto corrió la voz por toda Europa, y comenzaron a acudir a la Academia discípulos de toda Europa.

Cuando Calvino murió, en el 1564, esta institución contaba con más de mil quinientos estudiantes. Fueron esos estudiantes, así como otros protestantes que por una razón u otra se habían exiliado en Ginebra, quienes llevaron el calvinismo por toda Europa.

Puesto que lo que aquí nos interesa es sobre todo seguir la genealogía de los programas de educación teológica protestante que llegaron a nuestra América, lo que aconteció en Inglaterra, y luego en los Estados Unidos, merece atención especial.

Como es bien sabido, la reforma penetró en Inglaterra por un camino especial, a través de toda una serie de vicisitudes políticas que resultaron en una iglesia que, al tiempo que conservaba muchas de las prácticas tradicionales de la iglesia medieval, era protestante en su doctrina.

Puesto que buena parte del clero sencillamente pasó de su obediencia a Roma a ser parte de la Iglesia de Inglaterra, prácticamente todo cuanto hemos dicho acerca de la educación teológica

católica a fines de la Edad Media vale para los orígenes de la Iglesia Anglicana. Al tiempo que el propósito principal de las universidades seguía siendo los estudios teológicos, y en principio se sostenía que todo clérigo debía ser graduado universitario, en realidad la práctica era muy diferente. Lo que las autoridades requerían del clero, más que perspicacia teológica o habilidad pastoral, era conformidad con los dictados del gobierno, mientras que quienes se preocupaban por la verdadera reforma de la iglesia sostenían que era necesario deshacerse de clérigos ineptos que nada sabían de teología y cuya única virtud era su apoyo a las políticas gubernamentales. El entrelazo de estos intereses—el del gobierno en la lealtad política, y el de los reformadores en la rectitud doctrinal—llevó a toda una serie de regulaciones en cuanto al derecho de ocupar el púlpito. Según esas regulaciones, sólo quienes tuviesen una licencia especial podrían predicar sus propios sermones. Un buen número de clérigos no tenía licencia sino para leer homilías preparadas por otros y debidamente aprobadas por las autoridades. Y a algunos ni siquiera esto se les permitía.

Poco a poco, la educación del clero fue mejorando, en parte gracias a la insistencia de quienes procuraban la continua reforma de la iglesia. Para el 1603—el mismo año en que murió la reina Isabel—casi la mitad del clero tenía títulos académicos, y una buena parte del resto tenía al menos algunos estudios universitarios. Al año siguiente, los cánones eclesiásticos limitaron la ordenación a quienes fuesen graduados universitarios o, en su defecto, pudiesen presentar en latín una defensa y exposición coherente de los *Treinta y nueve artículos* que resumían la doctrina de la Iglesia de Inglaterra.

Fue entre los puritanos que más activamente se discutió el tema de los estudios teológicos. Por una parte, Richard Baxter, quien no tenía estudios universitarios, pero sí era ducho en teología, publicó en el 1655 un tratado sobre *El pastor reformado* en el que rechazaba la idea de que antes de estudiar teología era necesario completar los estudios generales en la universidad. Según él, el resultado es que "en lugar de hacer filosofía como teólogos, hacen teología como filósofos." ³ En lugar de ello, los futuros pastores deberían estudiar teología desde jóvenes, y luego servir como ayudantes y aprendices de un pastor más experimentado en alguna parroquia pequeña, para de allí pasar a posiciones de mayor responsabilidad.

Frente a esto, la mayoría de los puritanos insistía en que, puesto que el clérigo tendría que ocuparse de una multiplicidad de cuestiones, debía saber acerca de todas ellas. Como ejemplo de esta preocupación podemos citar a John Edwards, quien en 1705 declaraba que el clérigo "tendrá que hablar acerca de todos los temas, y por tanto debe tener toda clase de conocimientos y estudios. Porque todas las artes se sirven mutuamente, y han de servir también a la teología. Y por eso todas son de un modo u otro requisito para el predicador." ⁴

En estas pocas palabras vemos reflejado lo que sería uno de los principales problemas de la educación teológica en la Edad Moderna. En tiempos antiguos, y a través de todo el medioevo, el ideal de tener conocimientos universales fue relativamente factible. Ya en tiempos de Edwards, según cada una de las ciencias ampliaba su conocimiento, ese ideal se iba haciendo

más difícil. En el siglo XVIII, Juan Wesley mostraba su curiosidad hacia la recién descubierta electricidad, y hacia cuestiones médicas. Pero ya los campos de la física, la medicina, la astronomía, la química, etc. se iban ampliando de tal modo que un predicador—aun uno de la amplitud intelectual de Wesley—no podía dominar tales ciencias. Y para el XIX y el XX la especialización en cada ciencia llegó a tal punto que fue necesario subdividirlas cada vez más, y especializarse en una de esas subdivisiones. La visión del pastor o el teólogo como capaz de discurrir sobre todos los campos del pensamiento, y por tanto de la educación teológica como una educación universal, dejó de funcionar.

En el entretanto, los puritanos y otros procedentes de varias partes de Europa, pero particularmente de Inglaterra, se habían establecido en Norteamérica—en lo que recibió el nombre de Nueva Inglaterra. Puesto que la mayoría de los primeros colonizadores en esa región eran puritanos, trajeron consigo la visión de la educación teológica que prevalecía entre los puritanos ingleses. En el 1636 fundaron la Universidad de Harvard; y en 1701, la de Yale. Ambas eran originalmente escuelas de teología. Y en ambas se siguió el modelo educativo de la Universidad de Cambridge, que era la favorita de los puritanos ingleses. Lo normal era recibir el título de Bachiller en Artes tras unos cuatro años de estudio, y el de Maestro en Artes tras otros tres—aunque para recibir este segundo título no era necesario ser estudiante residente, sino sencillamente continuar estudiando y dar evidencia de ello mediante la presentación de una tesis al término de los tres años.

Por todo un siglo, la educación teológica entre los puritanos de Nueva Inglaterra siguió el mismo patrón. Aunque algunos grupos de disidentes seguían otros modelos, la mayoría lo siguió e insistió en él, de tal modo que de 250 ministros ordenados durante ese siglo por lo menos 225 eran graduados universitarios.⁵ Como en Europa, los estudios de teología eran puramente teóricos y académicos. Se estudiaban las lenguas bíblicas, la historia, la teología; pero nada o poco se decía sobre la predicación, la consejería, etc.

Todo esto comenzó a cambiar con el "Gran Despertar" de los años 1735 al 1740. Ese avivamiento fue paralelo a otros de corte semejante en Europa—el pietismo de Spener, el metodismo de Wesley y los moravos con Zinzendorf. Todos ellos se quejaban de que los estudios tradicionales de teología eran insuficientes para la práctica ministerial. En Nueva Inglaterra, aunque en sus inicios el avivamiento tuvo relaciones con las antiguas universidades, y particularmente con la de Yale, pronto esas escuelas comenzaron a mostrarse hostiles. Al mismo tiempo los predicadores más famosos del avivamiento atrajeron grupos de jóvenes, la mayoría de ellos graduados universitarios, que deseaban prepararse mejor para seguir las huellas de esos predicadores. Así se formaron "escuelas de profetas" donde se estudiaba teología, así como la práctica del ministerio. Es necesario señalar que tales "escuelas de profetas", aunque al margen del sistema educativo oficial, no denigraban los estudios ni la erudición. Al contrario, el primero y más famoso de los líderes de una "escuela de profetas", Joseph Bellamy, era graduado de Yale y poseía una biblioteca relativamente extensa en la cual sus estudiantes tenían que leer asiduamente. Pero, por otra parte, lo cierto es que los estudios

en esas escuelas eran relativamente informales, pues los estudiantes iban y venían; pasaban varios meses con el maestro y luego se ausentaban; volvían; y así sucesivamente. No había un currículo determinado, y el estudiante sencillamente partía cuando se sentía listo para emprender sus labores—lo cual no ha de sorprendernos, puesto que lo mismo era cierto de los estudios de medicina y de derecho.

Tal sistema resultaba demasiado informal e impredecible, y por tanto, varios líderes eclesiásticos comenzaron a pensar en modelos de educación que, al tiempo que tuvieran las dimensiones prácticas y pastorales de las "escuelas de profetas", tuvieran la seriedad y sistematización de los estudios universitarios. Fue así que surgieron los primeros seminarios. Estos exigían que sus estudiantes, antes de entrar al seminario, tuvieran un título universitario. Con ello se esperaba que tuvieran la educación general que les permitiera participar plenamente en la sociedad cada vez más secular que les rodeaba. De ese modo los estudios de seminario podían concentrarse en los temas teológicos y pastorales. Así, por ejemplo, el currículo del primero de esos seminarios, el de Andover, fundado en el 1808, era relativamente sencillo, aunque bastante exigente. Para ingresar a la institución había que ser graduado universitario o en su defecto pasar exámenes de latín, griego, y ciencias generales. El curso, de tres años, comenzaba con todo un año dedicado al estudio de las lenguas bíblicas, a la exégesis, y en general al estudio de las Escrituras. El segundo año se dedicaba al estudio de la teología. Y el tercero incluía, además de la historia de la iglesia, la oratoria y la preparación para las diversas tareas pastorales—temas estos que, como hemos visto, anteriormente no habían sido

parte de los estudios teológicos. Paralelamente otras denominaciones fundaron seminarios de parecida orientación: el de New Brunswick en el 1810, y el de Princeton dos años más tarde. Pronto las antiguas universidades de Harvard y Yale, que originalmente habían sido escuelas de teología, siguieron la pauta de esos seminarios, y fundaron escuelas de teología—la de Harvard en el 1816, y la de Yale en el 1822.

En el entretanto, otros acontecimientos habían comenzado a impactar la preparación ministerial. Uno de ellos fue el movimiento de la población de origen europeo hacia el oeste. La frontera marchaba inexorable y rápidamente hacia el oeste, y con ella la población. En ese movimiento, las viejas universidades y los seminarios que se iban fundando siempre quedaban rezagados. Aquellas iglesias, como la presbiteriana, que más insistían en una educación teológica formal, fueron quedando igualmente rezagadas, pues no tenían ministros en esos nuevos territorios.

¿Cómo proveer entonces servicios pastorales a esa población fronteriza, en territorios escasamente poblados? En las denominaciones de gobierno radicalmente congregacional, como la bautista, sencillamente se tomaba a quien estuviese dispuesto a servir de pastor, y la congregación considerase apto para ello. En iglesias como la metodista, al tiempo que se fundaban instituciones educativas cada vez más al oeste, se proveyeron ministerios laicos y modos alternos de preparación para la ordenación.

Lo que resultó de todo esto fue que las denominaciones que más crecieron fueron las que se mostraron menos exigentes en cuanto a la preparación académica de los ministros. Y eso llevó a la conclusión de que de algún modo la educación formal era un impedimento en la tarea pastoral. A ese creciente anti-intelectualismo contribuyó también el hecho de que el siglo XIX, con el impacto entre otros de Freud, Darwin y Marx, fue creando una brecha cada vez más profunda entre lo que se predicaba en muchas iglesias y lo que las ciencias decían.

Por otra parte, en el siglo XX esas mismas ciencias fueron complicando cada vez más el currículo teológico, que ahora tenía que ocuparse de psicología en la tarea del asesoramiento pastoral, de pedagogía en la tarea educativa, de la sociología de la religión, de las teorías de comunicación, etc.

Puesto que fue precisamente en los siglos XIX y XX que nos llegaron los primeros misioneros evangélicos, esos misioneros trajeron consigo toda la carga de la larga historia que acabo de contar, y de lo que por entonces se debatía en sus países de origen—particularmente los Estados Unidos. Para servir en el ministerio ordenado, ¿era o no necesario hacer estudios teológicos? Tales estudios, ¿debían basarse en los estudios universitarios que el resto de la población seguía, o tenían otro fundamento académico? ¿Deberían hacerse en la universidad, o en seminarios independientes de ella o anejos a ella? Tales seminarios, ¿deberían semejarse más a las universidades, o a los monasterios? Cada denominación respondió a estas preguntas de diversos modos—y en muchas denominaciones hubo más de una respuesta

De todo ello surgió gran complejidad y diversidad en los programas de preparación ministerial. Puesto que fue mayormente de esas denominaciones y de sus diversos programas de preparación ministerial que nos llegaron muchos de nuestros primeros misioneros, no ha de extrañarnos la enorme variedad de programas educativos en nuestro continente. Se debe a la complejidad y diversidad de nuestros orígenes, así como a nuestra propia creatividad, inventando sistemas más apropiados para nuestros contextos. Pero es harina de otro costal—o tema para otra discusión allende los límites de esta presentación. Gracias.



Notas

1. Étienne Gilson, *Reason and Revelation in the Middle Ages* (New York: Charles Scribner's Sons, 1938), p. 91.
2. "Ordonnances ecclésiastiques", en *Calvin: Homme d'église* (Genève: Editions Labor, 1936), p. 34.
3. "Instead of Reading Philosophy like Divines, They Read Divinity like Philosophers." Citado en Mary Latimer Gambrell, *Ministerial Training in Eighteenth-Century New England* (New York: Columbia University Press, 1937), p. 14.
4. Citado en *ibid.*, p. 16.
5. *Ibid.*, pp. 21-22.

